**Homilía XXII Domingo del tiempo ordinario.**

Es curioso constatar cómo Pedro, el mismo que el domingo pasado estaba confesando su fe en Jesús como el Cristo, el Hijo del Dios Vivo, hoy ante el anuncio de la Pasión le dice: «¡Lejos de ti tal cosa, Señor! Eso no puede pasarte».

Es la típica división del corazón que padecemos tantas veces los cristianos. Por un lado, profesamos nuestra fe rezando juntos el credo cada domingo, yendo a misa, orando, dando testimonio o de tantas otras formas. Creemos sinceramente que Cristo es el Hijo del Dios Vivo, al igual que Pedro. Pero a veces, también nosotros, cuando llega la prueba, la persecución, la dificultad, el sufrimiento, y, en definitiva, cuando llega el momento de la cruz, nos rebelamos como Pedro.

Esta rebelión indica una fe todavía un poco débil, y un concepto de felicidad quizá demasiado mundanal. Soñamos con una vida cómoda, placentera, fácil, llena de éxitos y consolaciones. Nos pensamos que ésta es la justa recompensa merecida por nuestra fidelidad a Dios. Entonces cuando llega la enfermedad, la injusticia, la humillación, o cualquier otro tipo de problema, se tambalea nuestra fe. Sin embargo, Jesús nunca dijo que el camino iba a ser fácil. Recordad sus palabras: se nos promete el ciento por uno en este mundo y en el cielo la vida eterna, aunque con persecuciones. Pero esto último no lo aceptamos, no lo comprendemos, no lo queremos. Soñamos con llevar una vida tranquila, llena de gozos y alegrías. ¿Pero acaso es esto lo que debe soñar un cristiano? ¡No!

¡El sueño de un cristiano ha de ser el triunfo del Reino de Dios y su Justicia! El sueño de un cristiano ha de ser querer crecer espiritualmente en cualquier circunstancia, ya sea de bonanza o de adversidad.

Solo descentrándonos de nuestro egocentrismo infantil y narcisista y dándonos por entero a Cristo y su Reino, obtendremos la plenitud de la vida, porque quien “pierda su vida por Cristo, la encontrará”.

Mn. Antonio Reina